

se han recogido en un vellón luminoso. En el fondo del bosque retumban las cascadas. Los troncos enloquecidos se despeñan corriente abajo. Para hacerles olvidar el odio humano de las hachas, el agua se los lleva recordándoles por última vez su canto subterráneo».

Si Rita Walker hubiera publicado sus himnos de amor como traducciones griegas, muchos eruditos habrían agregado un nombre a su lista de poetisas orientales, como ocurrió con «Las Canciones de Bilitis», y con el «Karez y Roshan» de Pedro Prado. Creemos que es este el mejor elogio que pueda decirse en su honor.—DADIV PERRY B.

 <https://doi.org/10.29393/At161-277RLDN10277>

Dos novelas brasileñas: CACAO Y JUBIABÁ, por *Jorge Amado*

La novela brasileña comienza a saltar violentamente a la realidad social. En la literatura americana, marcó siempre un ritmo avanzado, superior al de los pueblos de habla española. Aun en el siglo XIX produjo grandes escritores que, bajo la poderosa influencia del realismo y del naturalismo francés, supieron crear tipos inolvidables. Entre los libros clásicos, conocidos algunos por las traducciones castellanas, merecen recordarse varios, como *El gaucho*, de Alençar; *Don Casmurro*, de Machado de Assís; *El mulato*, de Aluisio Acevedo; *Canaán*, de Graça Aranha, las novelas de Coelho Netto, la epopeya admirable titulada *Os Sertoes*, de Euclides da Cunha, las *Novelas de tierra adentro*, de Alfonso Arinhos, *María Bonita*, de Afranio Peixoto y unas cuantas obras que sacaban al Brasil de su aislamiento intelectual, producido en parte por la dificultad del idioma.

Aranha había penetrado en el campo brasileño y había escrito una novela recia sobre la colonización de sus campos. No tenía nada de idílico allí, salvo el paisaje. El naturalismo

hacía ver las cosas sin hipocresías. La mismo pasaba con algunas páginas medulares de Acevedo, el magnífico autor de *El mulato*, creación inolvidable, de un relieve inconfundible. Peixoto hacía un naturalismo zollesco, enderezado a la observación clínica de los caracteres. La obra más grandiosa del Brasil, con todo, era el libro de Euclýdes da Cunha, cuyas descripciones de la selva son para algunos críticos el incentivo que mueve más tarde a José Eustasio Rivera a escribir *La vorágine*.

Hoy en día la realidad social brasileña es el estímulo poderoso de su extensa literatura novelesca. Han desaparecido los tipos y creaciones idílicas y convencionales bajo el imperativo de la lucha social, de la miseria nacional estrangulada por un medio económico de un nivel muy bajo. Casi todos los escritores ejecutan su obra con un amargo sentido de la realidad y aguijoneados por una idea de servir a los oprimidos. En los Estados Unidos se ha afirmado, por un crítico autorizado, que las novelas de masas más importantes que se escriben hoy en el mundo son las brasileñas. Y aun más, se ha indicado como los ejemplares singulares de este género a las obras *Caminos cruzados*, de Erico Verissimo y *Sudor*, de Jorge Amado.

Erico Verissimo es el novelista de la pequeña burguesía que, dentro de su miseria actual, casi se mezcla con el proletariado. El escenario de sus novelas cíclicas es el Estado de Río Grande del Sur. A su lado se destacan otros novelistas no menos originales y dueños de extraordinarias condiciones, como José Lins do Rego, del Estado de Parahiba, autor de un ciclo de novelas sobre la caña de azúcar; Gracialiano Ramos, del Estado de Alagoas, que analiza tipos criminales y anormales; Rachel de Queiroz, del Estado de Ceará, que pinta seres con un sentido extraño de la solidaridad social; Amado Fontes, del Estado de Sergipe, que se ha hecho famoso por sus novelas *Los corumbas* y *La calle de Siriri*; Juan Cordeiro, que ha novelado la pequeña burguesía de Bahía, y José Amé-

rico de Almeida, iniciador de toda la novela moderna del Brasil, con su magnífica obra *La Bagaceira*, publicada en 1928, que es considerada hoy como una creación clásica dentro de las letras continentales. Hay otros escritores de novelas menos conocidos, pero que completan una generación interesantísima como ninguna de las de otros países americanos. Y entre éstos se halla Jorge Amado, el novelista que motiva nuestra nota informativa, cuyas novelas *Cacao* y *Jubiabá* acaban de ser editadas, respectivamente, en traducciones al castellano por las editoriales Claridad e Imán de Buenos Aires.

*Cacao* es una novela esquemática, donde se perciben las grandes condiciones que vamos a ver desarrolladas y perfeccionadas en *Jubiabá*. Amado mueve muchos personajes con soltura y domina con perfección la trama novelesca. No se detiene mucho en el paisaje en este libro. Todo es acción y movimiento. Se pinta la explotación humana en los cacahuales en que se estruja sin piedad a los trabajadores y se les entrega al final, como toda liquidación, un saldo en contra de las pulperías. Algunos críticos han comparado esta novela con *Huasipungo*, de Jorge Icaza, pero el lirismo de Amado es algo que saca a sus personajes de los más abyectos y degradadores abismos. Casi todos los héroes de Amado, el protagonista central de *Cacao*, el negro Antonio Balduino de *Jubiabá*, son vagabundos impenitentes que se evaden permanentemente de la miseria, buscando nuevos señuelos de liberación. Tienen un fondo poético y cultivado que no hallamos en los indios aplastados y deprimidos hasta la brutalización de Icaza. Todo esto no quiere decir que el medio en que se desenvuelven los negros, mestizos y obreros de Amado no sea una cosa dantesca. Las haciendas de cacao no conocen la piedad con sus obreros. La vida en ellas es triste y aplanadora: el alcohol y la prostitución en pequeñas escapadas a los pueblos vecinos, constituyen los únicos respiraderos de los protagonistas de estas humildes tragedias del Brasil.

*Cacao* es un libro esquemático, escrito en un estilo nervioso y sugestivo. Los capítulos son cortos y apretados. Ya se perciben aquí grandes condiciones novelísticas que despuntarán definitivamente en *Jubiabá*, obra maciza, fundamental verdadera epopeya poética e interpretativa del negro brasileño.

Los personajes son inolvidables y todos tienen un relieve dramático: Antonio Barriguinha, el negro Honorio, Colodino, Juan Grillo, las prostitutas, los dueños de la hacienda, los capataces, los tipos secundarios, María, la hija del coronel, que se enamora un poco a la manera de Hollywood, del héroe central.

Amado dice con elocuencia sintética sobre el cacao: «Cacao es la única palabra que suena bien en el sur de Bahía. Las plantaciones son bellas, cuando están cargadas de frutos amarillos. Al comienzo de cada año los coroneles miran el horizonte y hacen las previsiones sobre el tiempo y la zafra. Y vienen entonces las destajadas con los trabajadores. La destajada es una especie de contrato para la cosecha de una plantación y se hace, por lo general, con los trabajadores casados, que poseen mujer e hijos. Ellos se comprometen a hacer la colecta de toda una plantación y puede alquilar trabajadores para ayudarles. A los otros, a los que son solos, se les emplea en el trabajo suelto.

Trabajan por día y se ocupan de todo. Del corte, de juntar en la artesa y en las barcazas. Estos formaban una gran mayoría. «Nos pagaban tres mil quinientos reis por cada día de trabajo, pero en los buenos tiempos llegaron a pagar cinco mil».

El cacao modela los personajes y su idiosincrasia. Hace que sus pasiones correspondan al ambiente. Impone necesidades, deforma los tipos físicos, destruye, a veces, las mujeres, estrujándolas lastimosamente y convirtiéndolas en momias vivientes. Los hombres se animalizan y se pervierten hasta buscar todo consuelo en el aguardiente y en los prostíbulos. Los

fazendeiros son tipos arribistas y crueles que no conocen la misericordia, ni se detienen en la contemplación de los males ajenos. Estas novelas constituyen verdaderos documentos sociales de la explotación del hombre por el hombre. Y entre ellas *Cacao* marca una de las mejores indicaciones del dolor y de la esperanza del Brasil, cuyos novelistas entierran su escalpelo en el cuerpo social sin temores ni vacilaciones propias de un sentimentalismo anticuado.

\* \* \*

*Jubiabá* se levanta mucho sobre *Cacao*. Es una obra más dura, más intuitiva, más poética. Está construída y desarrollada con la conciencia plena de un novelista que domina sus facultades creadoras y su estilo. Esto no quiere decir que Amado hace filigranas y se detiene en los períodos retorcidos o preciosistas, porque su prosa es fluyente, vivaz, rebelde, ajena a todo lo que no sea la prodigiosa realidad trágica de lo cotidiano.

Hay en este libro dos grandes tipos entre la extraordinaria galería de inolvidables personajes: Antonio Balduino, el negro aventurero y revolucionario al final de sus días errantes y *Jubiabá*, el padre negro, hechicero, símbolo de una raza y de un destino, que aparece en el fondo del relato con una fuerza extraña, como animándolo de misterio y de esplendor. Toda la vida elemental y desaprensiva de los negros vive en esta novela con un colorido violento y maravilloso que no hemos hallado en las obras más conocidas que tratan el tema. La superstición, la vagabundería, el hechizo, la piedad, el dolor, la sensualidad, la rebeldía, el infantilismo, todo se exhibe combinado con una sucesión rica de hechos novelescos. Primero aparece la vida del Morro del Capa Negro con los andrajosos vagabundos de Bahía, como el curioso don Cama-

rón y el imborrable Jubiabá, especie de consultor y director espiritual y médico de todos los negros bahíanos.

Hay otro capítulo admirable titulado Callejón Zumbí de los Palmares, en que asistimos al desarrollo del negro Antonio Balduino, cuya vida será una mezcla de sentimentalismo y vagabundería. El consejero Pereira, la niña Lindinalva, los moleques, el Gordo, Felipe, el Hermoso, Viriato, el Enano, el Bar «La linterna de los ahogados», las proezas de don Camarón y los hechizos de Jubiabá, la huída de Balduino en un velero, sus destrezas como luchador, sus enamoramientos y hazañas constituyen una trama de escenas y personajes de una fuerza y una emoción que pocas veces alcanza la novela americana.

Antonio Balduino se interna en el Brasil, comete hechos delictuosos, se enamora de muchas mulatas entre las cuales sobresale Rosenda Rosedá, de voluptuoso nombre y cadencioso andar y termina su vida epopéyica, sintiendo en su corazón la rebeldía social.

Amado ha construido en esta novela, una de las más perfectas obras de la literatura brasileña moderna, con un sentido admirable de lo que debe ser el arte de hoy. No tiene este libro ninguna de esas declamaciones y frases recargadas que percibimos en esos verdaderos manuales ideológicos que constituyen algunas novelas pseudo sociales. Aquí abunda la acción y la sugestión. Lo demás viene por añadidura.

El estilo de Amado es un estilo rico y animado. Salta de lo poético a lo original, sin cansar nunca. En el fondo de su creación hay como vigoroso justificativo la defensa del negro olvidado y aplastado, del negro que crea riqueza y no la capta, del negro que hace música y la vende, del negro que se ve desplazado en la vida brasileña, del negro ingenuo y poeta, del negro hermano de los oprimidos y gran oprimido él, del negro mezcla de niño y de artista, del negro que pinta de originalidad a América en su música y su folklore, en sus dan-

zas y en sus ritos, en casi todo lo que tiene nuestro continente de vigoroso y de insobornable.

Antonio Balduino es un símbolo. Símbolo de fuga permanente, de inestabilidad, de rebeldía, de ingenuidad, de espíritu artístico. En las mejores páginas de esta novela, se combina la misteriosa y sugestiva figura del Santo Jubiabá, padre de todos los negros con Antonio Balduino, hombre de presa. O sea, la contemplación y la acción. Y ambos convergen hacia el gran sueño y hacia el gran misterio del regreso, de la huída final de todos los hombres de color hacia su continente original, el África.

La novela brasileña se ha enriquecido con el nuevo aporte de Jorge Amado, hombre joven y laborioso que, en poco tiempo, ha salido de la celebridad nacional para desparramarse por todo el continente, como uno de los prestigios positivos de este momento intenso de la literatura americana. *Jubiabá* es una obra digna de codearse con las mejores y es el signo pleno de una madurez creadora.—RICARDO A. LATCHAM.

CUENTOS PARA GENTE SIMPÁTICA, por *Carlos Vattier*

En el número 82 de esta revista, allá por el año 30, escribíamos sobre el «Barula», de Carlos Vattier: «...sólo el progreso evolutivo del autor puede darnos el criterio para la valoración del mismo. El metro lo fija su primera obra. Vattier ha cligido un metro grande que podría hacerlo morir de su propia muerte literaria. Le deseamos sinceramente que no sea así».

En «Cuentos para gente simpática» no ha habido muerte, si se quiere, pero sí, un retroceso grande. Un retroceso en el cuento y la novela después de diez años...